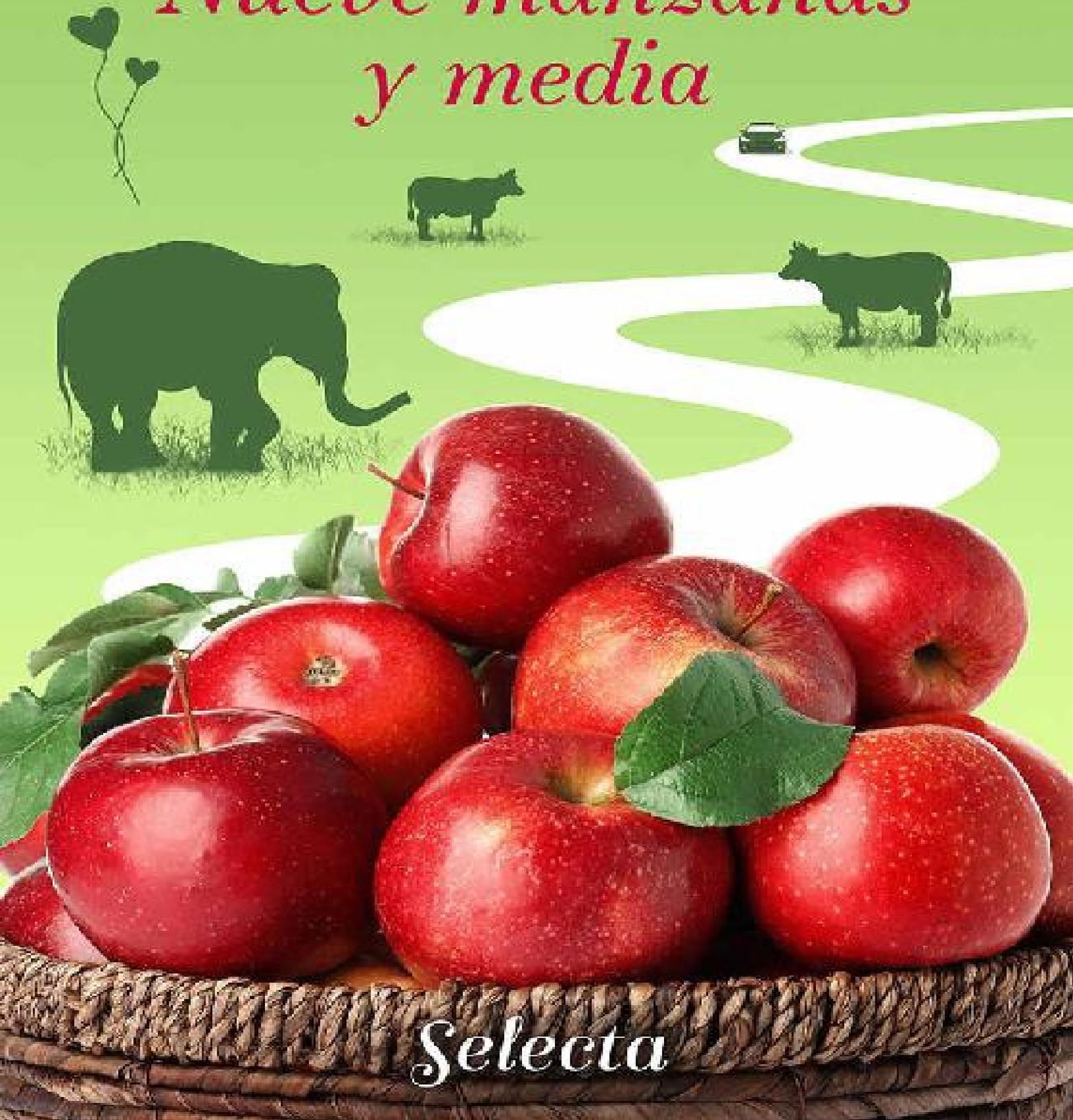


ANA ÁLVAREZ

Nueve manzanas y media



Selecta

Nueve manzanas y media

Historias de cine 2

Ana Álvarez

Selecta

*Para Jose, por inspirarme y animarme
a escribir esta loca idea de aniversario*

Capítulo 1

El aniversario

Qué bonito es cumplir años de casados. Celebrar el amor, la pasión y la felicidad. A mi marido y a mí nos encantaba. Y lo digo en pasado, porque ya nos gusta menos, sobre todo a él. De hecho, éramos de los que lo celebrábamos todo, y no de la forma tradicional. Nada de irnos a un spa, o de cena romántica y ni siquiera a una cabañita con chimenea a morrearnos y hacer el amor a todas horas. Eso ya lo hacíamos a menudo, en casa. Los aniversarios tenían que ser sonados. Para recordarlos siempre. Y estoy segura de que jamás, por muchos años que vivamos, olvidaremos el tercero.

Para empezar, nos hicimos un regalo por todo lo alto para los dos. ¡Un coche nuevo! Porque nos apasiona viajar, siempre que teníamos unos días libres nos íbamos por ahí en busca de aventuras. En esta ocasión la aventura nos encontró a nosotros.

Sabiendo que me encantan los animales, llegó a casa dos días antes con la cara que pone cuando quiere darme una sorpresa. Se me acercó meloso mientras preparaba la cena y me rodeó la cintura desde atrás, besándome en el cuello como sabía que me gustaba.

—Hummm —ronroneé mimosa—. ¿Alguien está buscando algo?

—Siempre busco «algo», ya lo sabes. Pero en esta ocasión mi intención es otra. Voy a darte tu regalo de aniversario.

—Pensaba que el regalo este año sería el coche, para los dos.

—¿Un aniversario sin sorpresa? ¿Tan mal me conoces?

Reí bajito. Por supuesto que esperaba algo más, a Armando le encantaba sorprenderme y, aunque nos habíamos gastado un dineral en el coche, estaba segura de que aún no había terminado con los regalos.

Me giré dispuesta a recibir lo que fuera que me hubiera comprado, y depositó un sobre blanco en mis manos.

—¿Un viaje? —No era la primera vez que nos obsequiaba con un fin de semana fuera de casa.

—Ábrelo.

Dentro encontré una reserva para una noche de hotel, de esos con encanto que tanto nos gustaban, en un paraje de ensueño, y dos entradas para un parque natural en el que los animales están en semilibertad. Sabía cuánto me gustaban y que nunca he querido una mascota por no tenerla en un piso.

Cuando me llevaban de pequeña al zoo de mi ciudad, sufría lo indecible al ver a los pobres animalitos encerrados, a menudo sucios y rodeados de sus propios excrementos de varios días. Sus miradas tristes me llegaban al alma, me imaginaba a mí misma, espíritu inquieto y libre donde los haya, metida en una jaula viendo el mundo a mi alrededor y sin poder disfrutarlo.

En el folleto observé que podría ver jirafas, monos de diversas especies, y toda suerte de fauna salvaje en una recreación de su entorno natural.

—Algún día te llevaré a verlos en sus países de origen, te debo un safari en toda regla. Pero este año, cariño... nos tenemos que conformar con esto

—Me encanta, Armando —respondí colgándome entusiasmada de su cuello y besándolo apasionadamente, y deseosa de mostrarle mi entusiasmo en el dormitorio más tarde.

El viernes a mediodía salimos eufóricos, dispuestos a pasar un fin de semana memorable y, de paso, estrenar nuestro flamante coche en su primer viaje largo: un Ford Puma equipado con todos los adelantos y accesorios que la tecnología puede ofrecer.

Armando era muy aficionado a las pijadas y cuando compraba algo, no le importaba aguardar para tener exactamente lo que quería. El vehículo tuvo que esperar dos años a que nuestro presupuesto se lo pudiera permitir, pero una vez llegado el momento le añadió todo lo que se le puede añadir a un coche: asientos reclinables hasta convertirse en cama, con ajuste de reposacabezas y zona lumbar, un sensible mecanismo de apertura y cierre de ventanillas que, según me explicó, ofrecía una seguridad poco común, y un sin fin de cosas más que escuché sin demasiado interés. Para mí bastaba con que tuviera un buen motor y fuera cómodo. Y no había duda de que lo era.

Él, sin embargo, estaba tan feliz como un niño el día de Reyes con el nuevo juguetito o como un padre contemplando a su retoño. Tanto que llegué a sentirme celosa, porque los primeros días su atención era casi en exclusiva para el «nuevo miembro de la familia», como empezó a llamarlo.

Bajaba con frecuencia al garaje a verlo; por supuesto teníamos plaza de garaje, no pensaba dejar a «su bebé» en la calle. A pesar de tenerlo a cubierto, le pasaba una bayeta especial atrapolvo que compró por Internet y, como ya he dicho, pasaba por el garaje varias veces al día para asegurarse de que nadie lo había rayado o ensuciado.

Llegamos al hotel casi anocheado, y nos instalamos en la preciosa habitación reservada días atrás. Nuestro Puma aparcado debajo del balcón, para tenerlo a la vista. Una buena cena acorde al acontecimiento que celebrábamos y nuestro amor, que no había hecho más que crecer y afianzarse

en los tres años de matrimonio.

Yo me pongo muy tierna y muy moña en los momentos especiales y aquella noche no faltó un detalle. Cena de lujo a base de las especialidades de la zona, buen vino, y miradas llenas de promesas. Una botella de cava en la habitación y sexo apasionado hasta la madrugada.

Todo ello nos hizo levantarnos de un excelente humor y, tras un buen desayuno, decidimos emprender la segunda parte de nuestra celebración.

Capítulo 2

El elefante

Habíamos pedido que nos preparasen un picnic para tomarlo en el coche, pues nuestra idea era pasar el día entero en el parque para ver el mayor número de animales posible y tomar algo en el coche cuando nos entrase hambre. Nos entregaron bocadillos, agua y una bolsa con una docena de manzanas, fruta que pedimos de forma explícita pues nos gusta mucho a los dos.

Armando, previsor, guardaba en el maletero una pequeña aspiradora, por si caía alguna miga en la tapicería o las alfombrillas poder eliminarla de inmediato. También un espray quitamanchas. Quería conservar el interior del coche tan impoluto como llegó de fábrica.

En estas condiciones nos dirigimos al parque natural. Yo estaba feliz como una cría; sí, los polvos nocturnos influían bastante en mi euforia, pero la idea de ver animales en un estado muy parecido a su entorno real, me entusiasmaba.

Entramos al parque y mostramos nuestra reserva. En la recepción nos dieron una larga lista de recomendaciones: velocidad máxima de veinte kilómetros por hora, seguir las indicaciones de los carteles, no acercarnos a los animales, y una en la que nos hicieron más hincapié fue la de no bajarnos del coche en las zonas donde están sueltos. ¡Desde luego ni loca se me iba a ocurrir! Los animales salvajes me causaban un gran respeto, por mucho que me encantara verlos. Sin embargo, la protección que nos ofrecía el automóvil me daba cierta seguridad.

Habíamos elegido la opción de la visita en nuestro propio vehículo, porque los viajes organizados no nos gustaban en demasía. La idea de adaptarnos a los tiempos establecidos por otros nos frenaba. Además... ¡cualquiera privaba a Armando del placer de conducir su coche!

Nunca le he visto la diversión a eso de conducir, hace años intenté sacarme el carné pero decidí dejarlo al poco tiempo. Me estresaba el tráfico, los otros conductores, las marchas, el freno, el embrague. ¡Todo! Y para colmo no me podía tomar una copa sin arriesgarme a una multa. Cuando viajo me gusta disfrutar del paisaje, y también de una buena comida con su vino o su copa después. Por suerte a mi marido le encanta conducir, con lo que estoy más feliz que una perdiz. ¡Todos contentos! Él hace de chófer y yo disfruto del paseo.

Entramos al parque sobre las diez de la mañana. Pasamos por varios de los enclaves más visitados: jirafas, hipopótamos gorilas, vimos los leones marinos y el espectáculo de las rapaces. Armando me miraba consciente de lo mucho que estaba disfrutando. A veces soltaba el volante con mucho cuidado y me acariciaba la rodilla durante unos segundos.

Al final, cerca del mediodía, y antes de parar a comer, le pedí que nos acercáramos al recinto de los elefantes. ¡Eran preciosos! Se veían tan adaptados, tan grandes... tan fuertes... moviéndose con ese andar que los caracterizaba, mirando hacia nosotros con relativa curiosidad, aunque supongo que deben estar acostumbrados a la presencia humana.

Teníamos el coche parado a bastante distancia de la cerca de piedra y la mayoría de ellos se mantenían lejos. Solo uno se acercó despacio y se detuvo a una distancia prudencial.

—Acércate más —le pedí a mi marido—. A ver si puedo darle de comer a ese grandote que está cerca.

—Sonia —me dijo cauteloso—. Nos han recomendado que no bajemos del coche ni nos acerquemos a los animales salvajes.

—No nos vamos a bajar, sacaré la mano por la ventanilla y le pondré un poco de comida en la valla. Con suerte vendrá a cogerlo y lo grabo mientras come. ¡Lo que voy a presumir el lunes en el trabajo! No hay peligro, Armando, además tiene pinta de ser bastante pacífico. ¿No ves cómo nos mira? ¿No sientes que te está pidiendo algo de comer? Seguro que con ese corpachón siempre está hambriento.

—De acuerdo; pero no demasiado, no quiero rozar la carrocería.

—No lo harás, eres un conductor estupendo.

Era cierto. Había visto a Armando meter el coche por sitios increíbles. Estrechos, elevados. Si decía que pasaba, es que pasaba. El viejo, claro. Con este era más cuidadoso, o al menos lo sería durante un tiempo.

Nos acercamos a la valla de piedra de media altura. Yo bajé el cristal, me solté el cinturón de seguridad y me aupé para sacar un poco el cuerpo por la ventanilla. Alargué el brazo y coloqué sobre la cerca dos de las manzanas de las que llevaba por si nos entraba hambre a lo largo del día. No tenía muy claro qué comen esos enormes animales, solo que son herbívoros, y pensé que, al igual que a los caballos, podía gustarles la fruta dulce y jugosa. En verdad todo el coche olía a manzanas.

Coloqué la fruta en equilibrio y vi como el gigante gris se acercaba a ella, la cogía con la trompa y las engullía, una detrás de otra, en cuestión de pocos minutos.

Yo saqué el móvil y comencé a grabar, llena de entusiasmo.

—¡Mira, Armando, le gusta!

—Eso parece.

El animal me dirigió una mirada que se me antojó lastimera y suplicante. Seguro que con tan exiguo bocado no había satisfecho el hambre que podía tener. ¡Debía ser casi imposible llenar un estómago de semejante calibre!

—¡Voy a darle otra! Pobrecito, parece famélico. Seguro que no le dan suficiente comida.

—Se ha acercado mucho... ten cuidado.

—No me bajaré, estamos en el coche... Solo voy a alargar el brazo, como antes.

Abrí de nuevo la bolsa de las manzanas para coger una, o quizás dos más, y aquel animal enorme y que parecía tan torpe, en cuestión de segundos introdujo la trompa por la ventanilla en busca de la bolsa de plástico, fuente de su alimento. No me dio casi tiempo a percatarme de su movimiento y, de repente, me encontré con la enorme trompa agitándose delante de mi cara.

—¡Sonia, cuidado! —gritó Armando, demasiado tarde.

—¡Ayyy! —lo secundé yo, aterrada. Me recosté contra el respaldo tratando de evitar el contacto y con gesto mecánico pulsé el botón de cierre automático de la ventanilla, ese tan sofisticado, imaginando que el elefante, al verlo, sacaría la trompa de inmediato. No fue así. El animal, al verse atrapado lanzó un sonoro barrito que me estremeció entera, alzó la trompa y... el coche comenzó a moverse.

—¡¡Está levantando el coche!! —gritó mi marido, más asustado por el vehículo que por mí, que tenía el apéndice a escasos centímetros de la cara, agitándose con movimientos convulsos—. ¡Abre la ventanilla!

Nerviosa, atiné a pulsar el botón de bajada... o el de subida. En aquel momento de pánico no lo tuve claro, ver aquello tan cerca me tenía aterrada. Me gustaban los animales, pero no tanto. Sobre todo, no tan cerca. El caso es que el cristal no descendió, y el elefante barritó de nuevo, como si le estuviera haciendo daño. Mucho daño, y yo solo pensaba en el que podía causarme a mí, a mi cara.

—No, no, bonito... No pasa nada —trataba de calmarlo yo como si fuera un animalillo doméstico que se hubiera lastimado. Los ojos de gruesos párpados me miraban con expresión asesina. Volví a pulsar el botón, esta vez asegurándome de que era el de bajada, pero el mecanismo parecía atascado.

Entonces encogió la trompa tratando de soltarse, pero en vez de eso arrastró el coche consigo. Contra la valla de piedra. Sentí el estruendo y el impacto de la chapa abollándose en el costado de la pierna, y el sonido cada vez más fuerte del animal, barritando desesperado. Contemplé de reojo la cara más pálida que le había visto nunca a Armando. Y su mirada más asesina aún que la del elefante.

—¡¡Abre la puta ventanilla de una vez!! Se va a cargar el coche.

No quise decirle que ya se lo había cargado. Que contra mi rodilla podía sentir algo que antes no había.

—No puedo. Se ha atascado el mecanismo. ¡No sé qué hacer!

Se soltó a su vez el cinturón de seguridad y se tiró sobre mí, en plancha, para evitar la trompa y tratar de llegar hasta el botón de apertura. Justo en el momento en que el elefante alzó el coche de nuevo del suelo y lo golpeó otra vez, en esta ocasión ya no de forma lateral, sino implicando también la parte delantera y haciendo saltar el faro derecho, cuyos cristales se esparcieron en

minúsculas astillas por el pavimento.

Libre del cinturón de seguridad, Armando se precipitó contra el salpicadero, golpeándose la mejilla y el hombro, y de paso el apéndice atrapado del pobre animal, que se enfureció más, golpeando de forma repetida la carrocería contra la piedra.

—¡Para, hijo de puta, para! ¡Sonia, sujétale la trompa, a ver si me deja abrir el cristal y liberarlo!

—¿La trompa? ¿Quieres que le toque eso? No puedooo.

El coche seguía moviéndose, Armando y yo gritándonos uno al otro, el elefante barritando y la chapa del coche abollándose contra la piedra.

Al fin, tras pulsar muchas veces el botón conseguí que el cristal bajara hasta perderse en la puerta con un chasquido extraño, que me hizo suponer que no volvería a subir sin pasar por el taller.

El elefante sacó la magullada trompa y se alejó a toda prisa, entre fuertes barritos. Las grandes patas pisoteaban el suelo y yo solo pude pensar que la frase «como un elefante en una cacharrería», ahora siempre sería para mí «como un elefante en una carrocería».

Armando se sentó en el asiento de nuevo y comenzó a llorar, presa de un histérico ataque de nervios. En el pómulo se le empezaba a formar un feo moretón a consecuencia del golpe y un arañazo le surcaba la frente a la altura de la sien.

—¡Mi coche! —gemía aferrado al volante—. Mi coche nuevo...

Yo me sentía paralizada por el miedo y la incredulidad, aunque ilesa. ¿De verdad nos había atacado un elefante y había destrozado nuestro vehículo? ¿Y de verdad mi marido estaba más preocupado por este que por la posibilidad de que el enorme animal me hubiera atacado a mí, a quien tenía a escasos centímetros?

En aquel momento un automóvil del personal del parque se acercaba a nosotros a mucha más velocidad de la permitida. Dos hombres salieron del mismo de forma apresurada, y con las caras lívidas.

—¿Están bien? —preguntó uno de ellos a través de la ventanilla de Armando—. Hemos visto lo sucedido por las cámaras de seguridad y hemos venido en seguida.

—Mi coche...

—¿Por qué habéis tardado tanto? —pregunté sintiendo la histeria apoderarse de mí por momentos. No es que antes hubiera estado tranquila, pero había podido controlarme un poco más. Temblaba de pies a cabeza, y la ansiedad se empezó a manifestar.

—Solo han pasado unos minutos —aseguró uno de ellos. Pude comprobar en el reloj del salpicadero que era cierto, que la escena había durado apenas seis minutos exactos.

—¿No se les advirtió que no se cercaran a los animales?

—Pensé que dentro del coche no existía peligro. Él estaba al otro lado de la valla Solo quería darle de comer. No imaginaba que...

—Podía haberle hecho daño. La trompa es muy musculosa

—¡Mi coche...! —Seguía gimiendo mi marido, como si le fuera la vida en ello.

Me empecé a enfadar al ser consciente de que el empleado tenía razón, que podía haber resultado herida de gravedad y que parecía no importarle. Ni siquiera se quejaba del golpe que se había dado en la mejilla.

—Será mejor que nos alejemos de aquí, el animal puede volver y en este momento tanto a ustedes como a nosotros nos considera una amenaza. Vengan al puesto de recepción para tranquilizarse.

Armando arrancó hecho un manojo de nervios, las manos le temblaban y yo no me encontraba en mejor estado. Seguimos a los empleados hasta el aparcamiento de la entrada. Nos bajamos, yo tuve que hacerlo por su portezuela porque la mía no se abrió debido a la chapa deformada, y con cara patética se acercó al lateral derecho. Una profunda abolladura en todo el costado que abarcaba las dos puertas, un faro reventado e inservible, el cristal de la ventanilla bajada y, por lo que parecía, imposible de subir de nuevo. Aunque no quise hacer el intento, por no alterarlo más de lo que ya estaba.

Acaricié la pintura raspada con la palma de la mano, como si de un hijo magullado se tratara.

«¡Y a mí que me den morcilla! Ni siquiera me ha preguntado si estoy bien», pensé ofuscada. Esa trompa capaz de levantar un coche en peso me ha podido arrancar la cabeza y solo se preocupa de su precioso coche.

—Una semana... solo tiene una semana... —volvió a gimotear.

—Vengan con nosotros. Le conseguiré un poco de hielo para la cara y le desinfectaremos el arañazo de la frente.

Uno de los hombres nos acompañó a una habitación pequeña amueblada con unos cómodos butacones y una mesa.

—¿Quieren que avise a un médico? El parque solo tiene un botiquín para emergencias, pero hay un ambulatorio en el pueblo más cercano.

—No necesito un médico, sino un mecánico. Lo de la cara no es nada.

—Le traeré un poco de hielo antes de que se inflame más. Y algo para que se tranquilicen.

—No quiero pastillas —afirmó tajante.

Nos dejaron solos y uno de ellos regresó minutos después con una bolsa de hielo y dos generosas copas de coñac.

Armando se negó a que le embadurnaran la frente con un desinfectante yodado que dejara un rastro de color, por lo que se limitaron a ofrecerle un algodón empapado en alcohol puro que le dejó un fuerte olor en la cara a ginebra de garrafón.

Nos tomamos el coñac despacio, para calmarnos. No es una bebida que me guste mucho, pero debo reconocer que me ayudó a templar los nervios y la agitación que sentía. No así el enfado, pero no era el momento de recriminar ni discutir, delante de terceros, de modo que lo dejé compadecerse de sí mismo un rato más. No tenía la menor intención de consolarlo.

—La dirección del centro les devolverá el importe de las entradas —dijo el empleado del

parque.

—Y el de la reparación el coche. Ha quedado hecho un desastre —impuso mi marido, algo más calmado por efectos del coñac.

—Eso no puedo garantizárselo. El incidente se ha debido a una negligencia por su parte. Puede tramitar una reclamación, pero no creo que consigan nada. Incluso pudiera ser que les demanden a ustedes por conducta temeraria y causar daño a uno de los animales. No olvide que ha atrapado la trompa de un elefante con la ventanilla de su coche y hay grabaciones que lo demuestran.

—Maldita sea... ¿A pesar del susto vamos a tener que pagar un elefante nuevo?

—Señor, un elefante es un ser vivo, no una máquina que se puede reponer como su coche. Comprendo que esté disgustado y que se hayan llevado un buen susto, pero aún tenemos que calibrar si el animal ha sufrido algún tipo de lesión, así que mejor acepten el importe de las entradas y dejen estar lo demás.

Indignado, Armando tomó un largo trago de su copa con tanto ímpetu que se atragantó y parte del contenido de su boca cayó sobre la camisa dejando una evidente mancha. Solo se me ocurrió pensar que me costaría quitarla y que tal vez él tuviera que renunciar a una de sus camias preferidas. Eso me produjo un regustillo perverso dentro de mi creciente enfado.

—Vámonos, Sonia. —gruñó enfurruñado—. Ya hemos pasado demasiado tiempo en este espantoso lugar. ¡A saber qué más nos va a tocar vivir hoy! Atacados por un paquidermo, y encima con el riesgo de una denuncia sobre nuestras cabezas. ¡Maldita la hora en que se nos ocurrió venir!

Se puso de pie, airado, y soltó la bolsa de hielo sobre la mesa con gesto brusco. Yo musité una disculpa al contrito empleado y me levanté para seguirlo.

—Está muy nervioso todavía —me dijo este—. Quizás sería mejor que condujese usted.

—No sé hacerlo, y tampoco tengo carné.

—Trate de calmarlo entonces.

—No se preocupe, Armando es un experto conductor en cualquier estado de ánimo.

Era cierto. Era muy prudente y cuidadoso al volante, tanto en estado de euforia como enfadado o nervioso. Podía concentrarse sin problema en el tráfico aparcando cualquier otra cosa.

Capítulo 3

El regreso

Subimos al coche. Yo me acomodé lo mejor que pude en el asiento del pasajero y él se sentó a mi lado.

—¡Todo esto es culpa tuya! —espetó nada más arrancar.

Mi enfado subió no uno, sino diez puntos por lo menos.

—¿Mía? Ha sido un accidente, Armando.

—Tú te has empeñado en darle de comer a un elefante, como si de un perrito abandonado se tratara.

—No imaginé que fuera a meter la trompa por la ventanilla y mucho menos que tuviera fuerza para levantarnos como lo ha hecho.

—¡Si no te hubieras empeñado...! ¡Si te hubieses limitado a mirarlo desde lejos! Pero no, la señora tenía que darle de comer no una, sino dos manzanas. ¡Mira cómo ha quedado el coche! — De nuevo tono lastimero. De nuevo mi cabreo en aumento.

—¿El coche es lo único que te importa? ¿Y el susto que me he llevado yo con esa cosa a la altura de mi cara, moviéndose amenazante? Pensaba que me iba a aplastar la nariz de un golpe.

—Estaba atrapada, no podía hacerte daño. Y eso también es por tu ineptitud. Subiste el cristal sin pensar en las consecuencias.

—Suponía que el bicho sacaría la trompa antes de que se quedara pillada.

—¡Los elefantes no tienen un máster en inteligencia, Sonia!

—Me acojoné, ¿vale? Todavía lo estoy, pero parece que el único disgustado aquí eres tú.

—Además de disgustado, estoy herido. Tú no tienes ni un rasguño.

—¡Oh, sí! Se te va a salir la materia gris por el arañazo. Yo podía haber perdido la cabeza, o los dientes... pero quizás lo hubieras preferido a que tu precioso Ford Puma con todas la chorradas del mundo resultara abollado.

—En ningún momento pensé que estuvieras en peligro.

—Claro que no, solo pensabas en el coche. Pues ¿sabes qué te digo? Que el hecho de que la

ventanilla se atascara es debido a que escogiste el mecanismo más sensible y pijotero del mundo mundial.

—Si lo llego a saber hubiera escogido uno a prueba de elefantes. ¿No te jode? Tenía que darte lástima el bicho y sentirte cariñosa. Pobrecito, tiene hambre...

—Pues hablando de cariño, esta noche te acuestas en tu coche, porque a mí vas a tardar en ponerme la mano encima muuucho tiempo.

—¡Ni ganas! Con el disgusto que tengo. De hecho, nos vamos directos para casa. Se me han quitado las ganas de terminar el fin de semana fuera.

—Perfecto. A mí también.

Habíamos pensado recorrer la comarca y buscar otro alojamiento para esa noche en un sitio que nos gustara. No era difícil encontrar habitación en los pequeños hoteles rurales de la zona. De esa forma habíamos encontrado sitios realmente bonitos, sin andar husmeando en páginas de reserva. Pero yo tampoco tenía ganas de continuar con nuestra celebración de aniversario.

Me sumergí en un mutismo enfurruñado y me giré para mirar por la ventanilla en un gesto rebelde de marcar distancia dentro del exiguo espacio del habitáculo. No me gustaba discutir en el coche porque, aunque Armando era un conductor excelente, no quería correr el riesgo de tener un accidente. ¡Ya era lo último que nos faltaba!

Sin embargo, a medida que avanzábamos por la carretera de doble sentido, vimos a lo lejos varios coches empotrados unos contra otros. Gritos y nervios, chapas retorcidas y gente fuera de los vehículos gesticulando.

—Joder... Hay un choque triple ahí delante —dijo alarmado—. Voy a parar a ver si necesitan ayuda.

—No parece que haya heridos graves. —Vi una señora de pie sujetándose un pañuelo sobre la frente, pero todos parecían estar más o menos bien, de pie al lado de los automóviles—. Sigue adelante, ya hemos tenido bastante movida por hoy.

—No puedo hacer eso, Sonia.

—¿Y si te ensucian de sangre tu preciosa tapicería nueva? —gruñí sarcástica—. Es lo que suele pasar con los heridos.

Me miró irritado y me arrepentí al instante de mis palabras. Armando nunca denegaría auxilio a una persona accidentada por muy tonto que estuviera con el coche.

En otra ocasión hubiera insistido, pero no me apetecía seguir hablando con él, de modo que me resigné a verme implicada en algo que no me concernía, pero que tampoco parecía revestir gravedad.

Armando adelantó los tres vehículos implicados y se detuvo delante, justo en el momento que un coche policial y una ambulancia se acercaban por el frente. Los agentes se bajaron y se dirigieron a nosotros en primer lugar.

—¿Qué ha sucedido?

—No lo sé, agente. Nosotros acabamos de llegar.

El policía miró el faro roto y el lateral abollado de nuestro coche y alzó las cejas escéptico, mientras su compañero se dirigió a los otros vehículos.

—¿No está implicado en el accidente?

—No, no. Solo hemos parado para ayudar.

—¿Y estas abolladuras? Son muy recientes.

Armando se dispuso a explicar nuestra odisea de la mañana.

—Sí, pero no se deben a un accidente de tráfico. La culpa es de un elefante.

El agente alzó la cabeza y llamó a un compañero.

—¡Antonio, ven! Que tenemos aquí a un gracioso...

Yo quise decirle a mi marido que mejor se callaba, pero con el policía delante no pude hacerlo.

—¿Qué sucede? —se interesó el recién llegado.

—Explíqueme a mi superior lo que le ha pasado a su coche.

—Que un elefante ha metido la trompa por la ventanilla y nos ha estampado contra una valla de piedra.

—Conque un elefante, ¿eh? ¿Rosa?

—¿Cómo que rosa? Gris, del color de los elefantes. ¿Acaso no sabe lo que es un elefante?

—Sí, sí que lo sé. pero no veo ninguno por aquí en este momento. Y tampoco una valla de piedra. Sí tres coches siniestrados, cuatro si incluimos el suyo. Y dice que no tiene nada que ver con ello —señaló los coches abollados.

—No, ya se lo he dicho a su compañero. Solo nos hemos parado a ayudar.

—El golpe que tiene en la cara también es reciente, se lo ha hecho el animalito con la trompa, ¿no?

—No, me lo hice con el salpicadero cuando levantó el coche en el aire porque mi mujer le había pillado la trompa con la ventanilla. No tenía puesto el cinturón de seguridad.

—¿También conducía sin el cinturón? Apunta, Antonio.

—¿Ha bebido? —preguntó el agente llamado Antonio.

—No.

—Yo diría que sí. Apesta a coñac. Pero lo del cinturón tiene visos de ser cierto, porque si el golpe lo tiene el coche en el lado derecho, para golpearse la cara en el izquierdo ha debido salir despedido.

—Conducir sin el cinturón y bajo los efectos del alcohol y probablemente drogas...

—No he tomado drogas, solo una copita pequeña de coñac; me la dieron para calmarme los nervios.

—Por lo del elefante.

—Por fin parece entender. Estoy en perfecto estado para conducir, hace ya más de dos horas que la tomé.

—Baje del coche.

—Pero...

—Le he dicho que baje o será resistencia a la autoridad además de embriaguez y conducir sin el cinturón.

—Y alucinaciones provocadas por algún tipo de droga —añadió el segundo agente—. Porque una copita de coñac no hace ver elefantes. Se va a quedar sin puntos en el carné hoy, amigo.

—Que yo no he tenido ninguna alucinación, ni tomo estupefacientes. Solo estábamos dando de comer a los animales.

Enterré la cara en las manos ahogando las ganas de decir: «Armando cállate. Di que hemos chocado con estos coches, será más fácil».

Bajó del vehículo y se situó ante el mismo, custodiado por uno de los agentes, mientras el otro se dirigió al grupo de los coches siniestrados.

—Camine en línea recta.

—No estoy borracho —volvió a repetir.

No obstante, obedeció. Dio unos pasos firmes y seguros sobre el asfalto. El agente que indagaba en el otro grupo dejó que los sanitarios atendieran a los heridos, todos leves por fortuna, y regresó junto a nosotros.

—Parece que dice la verdad, todos coinciden en que ha llegado después.

—No obstante, ha bebido y a saber qué más lleva en el cuerpo. ¡Vamos a averiguarlo!

—Normalmente es la DGT quien realiza los controles de alcoholemia, pero el caso es tan flagrante que se lo vamos a realizar nosotros. ¿Qué más ha consumido?

—No he tomado drogas. —explicó una vez más, exasperado.

—Claro que no, ve elefantes de forma habitual. ¡Sople!

—No, solo cuándo voy a un parque donde hay animales en semilibertad.

Al fin decidí intervenir, aunque acabara soplando yo también.

—Dice la verdad, agente. Hemos estado en un parque natural y hemos tenido un incidente con un elefante. Puede llamar para comprobarlo, tengo aquí el número con el que hicimos la reserva.

Incrédulo, el hombre anotó el teléfono y se alejó un poco para hablar. Mientras el otro comprobaba el nivel de alcohol en sangre de mi marido, que rozaba el límite, pero sin sobrepasarlo.

—Es cierto —corroboró Antonio acercándose de nuevo—. En el parque me han confirmado que dos visitantes han atrapado la trompa de un elefante con la ventanilla del coche y este se ha defendido estampando el vehículo contra la valla.

—Llevo un rato diciéndoselo. ¿Puedo irme ya?

—Puesto que la tasa de alcohol solo roza el límite permitido, sin sobrepasarlo, sí, puede marcharse.

Las ganas de ayudar de Armando se habían evaporado como por ensalmo. Entró en el coche, se colocó el cinturón de seguridad y arrancó despacio, incorporándose a la vía.

—Ya podías haber dicho antes lo del parque —me dijo serio. Ya no parecía enfadado sino dolido.

—También podías haberlo contado tú.

—No pensé que me creyeran.

—Tienes que reconocer que así, en frío, cuesta creerlo.

—Déjalo estar. No estoy de humor para pensar en si es creíble o no. Solo sé que se me ha amargado el día, el fin de semana y el aniversario.

—No creas que yo me siento mejor.

No respondió. Se limitó a seguir conduciendo despacio tratando de evitar más percances, de cualquier índole. Sin embargo, el destino parecía querer seguir jugando con nosotros.

Capítulo 4

Más leña al fuego

A Armando siempre le había gustado conducir por carreteras secundarias; mientras más secundarias mejor. Yo, en cambio, prefería las grandes autovías, más feas sin duda, pero con más tráfico, con cobertura para los móviles y más infraestructuras.

Sin embargo, aquella tarde ni se me ocurrió decir algo cuando abandonó la autovía para internarnos en una carretera general y, unos kilómetros más adelante, en una estrecha comarcal. Tuve que hacer un gran esfuerzo para morderme la lengua y no preguntar desabrida: «¿Dónde diablos vas ahora?».

Quería llegar a casa cuanto antes, ya que habíamos decidido renunciar al resto del fin de semana, y aún faltaban bastantes kilómetros. Quería darme una ducha y meterme en la habitación o en el salón, en cualquier sitio donde no tuviera que verle la cara de sufridor a Armando. Pero sobre todo quería que terminase aquel día nefasto.

A medida que avanzaban los kilómetros mi sentido de la orientación me decía que nos alejábamos en vez de acercarnos a nuestro destino. Después de una hora sin cruzarnos con nadie se me ocurrió que quizás él había reservado otra sorpresa y pretendía llevarme a ella, por lo que me decidí a preguntar.

—¿Vamos a alguna parte?

—Por supuesto que vamos a alguna parte. A casa.

—¿Por aquí? —Mi escepticismo era evidente.

—Damos un pequeño rodeo, eso es todo. Conducir por este tipo de carreteras me relaja, y hoy estoy muy necesitado de eso.

—Si quieres llamar carretera a esto... es poco más que un camino de cabras.

—No exageres. Unos quince kilómetros más adelante hay un pueblo. Podemos tomar algo en él y repostar. Tengo hambre.

Añadió una serie de indicaciones de carreteras por las que enlazaríamos con la general que nos llevaría a casa. Apenas lo escuché, porque Armando el tema de carreteras lo controlaba a la

perfección. Dejé que se saliera con la suya, que se perdiera por la sierra un rato con la esperanza de que dejase de mostrar la cara avinagrada que se le había puesto con el episodio del elefante.

Sin embargo, era yo la que se sentía cada vez más nerviosa. Hacía rato que no nos habíamos cruzado con nadie, ni un alma por la estrecha carretera en la que, con mucha dificultad, podrían cruzarse dos coches. Me preocupaba que se nos hiciera de noche por aquellos parajes, más aún con un faro que no funcionaba.

—¿Estás seguro de que hay un pueblo por estos lares? —pregunté al fin sin poder controlar mi inquietud.

—Seguro. Pasé por aquí una vez y me tomé un delicioso tentempié en el bar que hay al final del pueblo, junto a la gasolinera.

—No andaremos escasos de combustible, ¿verdad?

—No, llegamos a casa sin problema. Reposté esta mañana.

Eso me tranquilizó. Lo último que necesitaba como colofón al día de nuestro aniversario era quedarnos sin gasolina en medio de ninguna parte. Armando conducía inusualmente callado y yo no quise expresar mis temores para no volver a alterarlo.

El hambre me empezó a pasar factura a mí también, no habíamos comido nada desde el desayuno. Deseaba llegar al dichoso pueblo y tomar algo caliente, porque los bocadillos que nos habían preparado en el hotel y que permanecían en la bolsa de plástico a mis pies, no me apetecían en absoluto. ¡Y ya ni hablar de las manzanas que le había ofrecido al elefante! Iba a aborrecer una de mis frutas preferidas para siempre.

Al fin, tras lo que me parecieron mucho más de quince kilómetros, vislumbramos varias casas. Mi estómago empezó a segregar jugos gástricos a mansalva. Sin embargo, las viviendas estaban a todas luces deshabitadas. Las puertas colgaban de los goznes, las ventanas carecían de cristales, y mi ánimo se desinfló de forma drástica. Mi hambre y mi inquietud se tornaron en mala leche.

—¿Este es tu famoso pueblo? ¿El del aperitivo succulento?

—No lo recuerdo así, pero voy a ver. Creo que se extendía por detrás de las primeras viviendas.

Aparcó en el escaso arcén, invadiendo parte de la carretera porque no había otra forma de estacionar, y descendió del coche. Se acercó a las destartadas y derruidas casas con paso inseguro mientras yo permanecí en el interior del vehículo, rumiando mi malhumor.

Armando desapareció de mi vista durante diez minutos escasos, y de repente lo vi regresar corriendo y con la cara desencajada.

—¡¡Ábreme!! —gritó descompuesto.

Me apresuré a obedecerle y a quitar el seguro de las portezuelas, que había echado en cuanto se bajó. Llegó hasta el vehículo y se lazó dentro de cabeza, justo en el momento en que un rebaño de vacas aparecía saltando y corriendo de detrás de la primera casa.

Pasaron raudas a nuestro alrededor, mientras yo las observaba, incrédula. Por suerte a ninguna se le ocurrió meter la cabeza por la ventanilla sin cristal de mi lado.

—¿Vacas? ¿De verdad? ¿Primero elefantes y ahora... vacas?

—¡He pisado una mierda! —gimió Armando olfateando el tufo que había impregnado el coche en cuestión de segundos.

—No pienses en eso ahora. Una mierda de vaca es el menor de nuestros problemas en este momento. Ahí viene el pastor o lo que sea. —Observé que por el mismo lugar por donde habían aparecido los animales venía un hombre caminando con parsimonia y apoyándose en un palo largo y robusto—. Pregúntale por el pueblo, porque como sea este... estamos apañados.

Armando bajó la ventanilla cuando el vaquero se acercó a su altura.

—Buenas tardes —dijo con calma.

—Nos dé Dios.

Yo pensé que Dios nos había olvidado desde aquella mañana salvo para poner a prueba nuestra paciencia.

—¿Está muy lejos el pueblo?

El hombre se rascó levemente la coronilla e hizo un gesto ambiguo.

—Había un pueblo por aquí, ¿no? Recuerdo haber estado en él hace tiempo, comiendo.

—Hay uno abajo. Esta es la parte alta, que hace años quedó deshabitada por las inclemencias del tiempo. En invierno la carretera se vuelve intransitable y los vecinos se mudaron a la otra parte.

—¿Puede decirme como llegar hasta él?

—No se puede.

Mi ánimo descendió hasta la parte baja del pueblo, como mínimo. Y mis ganas de liarme a golpes con alguien, daba igual con quién, comenzó a entrar en ebullición.

—¿Cómo que no se puede? —pregunté tratando de arrancarle a aquel hombre parco en palabras alguna información válida—. Habrá alguna forma, digo yo. Los vecinos no viven aislados, tendrán que comprar, ir a algún sitio de vez en cuando.

—Pueden bajar por ahí, por la cuesta. En coche, desde aquí es imposible. Tendrían que haber cogido un desvío doce kilómetros atrás. No se puede dar la vuelta ya, la carretera es demasiado estrecha. Tienen que seguir hasta llegar a la nacional, treinta y cinco kilómetros más adelante.

Ví que Armando observaba «la cuesta» con ojo crítico. Un barranco casi cortado a pico con un sendero apenas marcado y una pendiente de vértigo, que hasta las cabras se pensarían acometer. Respiró hondo.

—Al menos dígame que hay una gasolinera en el pueblo.

—¡Qué va! El Amancio se murió hace mucho y nadie la ha vuelto a abrir. Nosotros echamos la gasolina en la general, siguiendo la carretera.

Señaló hacia adelante por el único camino posible para nosotros.

—Entonces la única opción es seguir.

—Sí, señor.

—Gracias.

—¡Que tengan un buen día!

—No lo dude... —mascullé.

Siguió su camino, en pos de las reses, y nosotros nos miramos con desazón. El olor a excremento de vaca del interior del coche se hacía cada vez más intenso y las náuseas libraban una dura batalla con mi hambre acuciante.

—Hay que seguir, no queda otra. Y cuanto antes, porque no tenemos más que un faro y preferiría que no se nos hiciera de noche.

—¡Cojonudo! —gruñí.

Armando tuvo el buen sentido de no insinuar siquiera que la rotura del faro había sido culpa mía por dar de comer al elefante. Salió del coche, se quitó el zapato y lo guardó en el maletero, con lo que el pestazo se atenuó algo. Aunque la alfombrilla se había impregnado un poco, era más soportable.

—¿Vas a conducir descalzo?

—Si no quiero que vomites dentro del coche, ¿me queda otro remedio? Y ya es lo que faltaba.

Se había percatado de mis esfuerzos por controlar las arcadas. Me quité del cuello el foulard que lo cubría y se lo tendí.

—Envuélvete el pie con él, te aliviará el roce.

Se vendó el pie con la tela y arrancó despacio.

Capítulo 5

La senda es larga

La noche cayó sobre nosotros en menos de diez minutos y se hizo patente que con un faro menos el tortuoso camino era poco visible. Armando extrajo de la guantera una linterna y me conminó a sacar por la ventanilla la mano y alumbrar con ella el camino, lleno de baches y curvas cerradas.

No habíamos avanzado más de cuatro o cinco kilómetros cuando exclamó apesadumbrado:

—¡Mierda!

—¿Qué pasa ahora? ¿Camellos? ¿Ballenas?

—Gasolina.

Ahí ya entré en pánico. Uno de mis mayores terrores cuando salíamos de viaje era quedarnos sin gasolina en algún lugar remoto. Y había pocos más remotos que aquella carretera perdida de la mano de Dios.

—¿Qué pasa con ella?! ¡¡¡Me has asegurado que teníamos suficiente para llegar hasta casa!!!

—Debíamos tener, Sonia. Pero no sé por qué motivo estamos gastando mucho más de lo normal. Quizás el golpe del elefante haya ocasionado alguna fisura en el depósito o en la junta que regula la salida de combustible. El caso es que no creo que ni siquiera lleguemos a la carretera general con lo que nos queda.

Me eché a llorar. Mis emociones estaban en una auténtica montaña rusa, pasando del enfado a la más negra depresión. Nos veía devorados por lobos hambrientos, desgarrados por osos con garras de un metro de longitud. Muertos de hambre y frío en medio del monte. A mi mente acudió la leyenda de Gustavo Adolfo Bécquer titulada «El monte de las ánimas» que siempre me había impresionado.

—¿Y qué vamos a hacer ahora?

—Reduciré más la velocidad para intentar estirar la gasolina que tenemos lo más posible. Tal vez lleguemos.

Lo conocía lo suficiente para saber que lo dijo para animarme, pero que ni de coña creía en sus palabras.

—Apaga la linterna, por si la necesitamos más adelante.

Las sombras se hicieron más espesas, las tinieblas más oscuras y los sonidos de la noche nos rodearon de forma muy siniestra. Yo me negué a pensar para qué podríamos necesitar la linterna «más adelante».

—¿Qué ha sido eso? —pregunté alarmada al escuchar un sonido espeluznante.

—Tu estómago, que ruge como un tigre hambriento.

—No es verdad. Ya no tengo hambre.

Para desmentir mis palabras el insurrecto volvió a protestar.

—Come, y dame también algo a mí, necesitamos alimentarnos o tendremos una bajaba de azúcar. Llevamos muchas horas sin ingerir nada.

Saqué los bocadillos resecos de la bolsa y fui dándole pequeños bocados a uno, a la vez que cortaba a pellizcos algunos trocitos del otro, que introducía en la boca de Armando. La carretera era tan estrecha y complicada que no quería apartar ninguna de las manos del volante. Después corté una de las manzanas que nos quedaban e hice lo mismo. Se comió media que yo iba introduciendo en su boca en láminas finas y después dijo que guardase el resto. A pesar de que se iba a oxidar yo fui incapaz en aquel momento de terminarla, y la guardé en la bolsa con las otras.

Recorrimos así algunos kilómetros más, y a cada metro que avanzábamos yo me hacía la ilusión de que estábamos más cerca de nuestro destino, de que quizás lo conseguiríamos. Pero al final, la fatalidad que nos acompañaba desde el comienzo de aquel día nefasto se hizo patente una vez más y el motor del coche se apagó con un estertor agónico y estridente.

—Hasta aquí llegamos, Sonia. Estamos sin gasolina.

—¿Y ahora qué? —pregunté aterrada—. ¡¡¿Ahora qué?!! —repetí entrando en pánico.

—Ahora solo tenemos una opción. Caminar hasta la gasolinera y confiar en que sea de las que están abiertas veinticuatro horas.

—¿Pretendes que salga ahí en plena noche y me ponga a andar a oscuras y en medio del monte?

—¿Prefieres quedarte en el coche mientras voy yo a buscar el combustible? Si cierras bien el coche estarás protegida.

¿Protegida sin cristal en la ventanilla?

—¡Nooo!

Ninguna de las opciones me parecía buena, pero estaba claro que algo teníamos que hacer. No podíamos quedarnos varados en aquel lugar sin comida, ni agua, a la espera de que el vaquero de la tarde anterior volviera a pasar, tal vez por casualidad. Las botellas de agua que nos dieron con el picnic hacía mucho que se habían terminado y la sed apretaba más que el hambre, para la que aún nos quedaban algunas manzanas. Tampoco había ni una mísera raya de cobertura para el móvil.

Armando, consciente del terror que me provocaba la situación, me agarró las manos y me miró a los ojos. No había ni asomo de enfado en ellos, y sí mucha preocupación.

—Vamos a hacer una cosa, Sonia. Trataremos de llegar a la gasolinera o al menos a un sitio

donde haya cobertura para que alguien venga a rescatarnos. Si no te sientes capaz de hacerlo, nos volvemos al coche y pasamos la noche aquí hasta que se haga de día y lo intentamos entonces. ¿Te parece?

Asentí en silencio.

Capítulo 6

La noche es mágica... no importa dónde.

Salimos a la intemperie. Armando volvió a calzarse y yo agradecí mentalmente mi decisión de ponerme unos cómodos zapatos de deporte. Echamos a andar en medio de la negrura. Yo sabía cuánto le costaba a mi marido dejar abandonado el coche en una carretera oscura y carente de arcén, donde podía resultar embestido por cualquier otro vehículo, en el improbable caso de que alguien más circulara por aquellos derroteros de noche. Aunque había muchas más posibilidades de que el atacante fuera un animal. Cualquier animal. Porque después de haber sido atacados por un elefante, y rodeados por unas vacas que corrían como si se tratara del encierro de los Sanfermines, me podía esperar cualquier cosa; desde osos hasta unicornios, tan surrealista estaba resultando nuestro tercer aniversario. No sabía si nuestro matrimonio, o incluso nosotros mismos, sobreviviríamos a él; lo que sí tenía claro era que ni Armando ni yo lo olvidaríamos nunca.

Caminábamos uno junto al otro, y mi enfado se iba diluyendo a cada paso que dábamos. No muchos, la verdad, porque la oscuridad era tan espesa que apenas veíamos unos metros por delante de nosotros a pesar de la linterna, y el pavimento era desastroso. Baches, el asfalto parcheado o incluso sin parchear, con huecos en medio del alquitrán en el que cabía un pie hasta el tobillo.

Sentí la mano de Armando aferrar la mía con decisión y su voz en la oscuridad sin asomo ya de irritación.

—Ánimo, cariño; vamos a conseguirlo.

Yo no estaba tan segura. De hecho, estaba aterrada, pero sentir que estábamos juntos, como siempre lo habíamos estado, para salir de aquel atolladero me infundió ánimos. Sin embargo, nuestro cupo de mala suerte aún no se había terminado y la linterna se apagó tras varios destellos mortecinos y nos sumió en la oscuridad.

—Me temo, Sonia, que aquí se acaba nuestro recorrido. Se ha agotado la batería.

—Usemos la de los móviles.

—¿Y arriesgarnos a quedarnos sin batería, sin saber que nos depara aún el viaje? El mío ya se

ha apagado. En algún momento recobramos la cobertura y tal vez necesitemos hacer una llamada.

—¡¡¿Vamos a quedarnos aquí a oscuras hasta que amanezca?!! —Mi voz rozaba la histeria.

—No, regresaremos al coche. No nos hemos alejado apenas; la carretera está mucho más lejos.

—No se ve un pijo. No puedo caminar así —gemí—. Vamos a morir aquí en medio del monte, devorados por animales salvajes. Seguro que entre esos árboles hay hasta dinosaurios.

—Los dinosaurios se extinguieron hace millones de años, cielo. Y no tenemos que regresar a oscuras. La linterna cuenta con un mecanismo de dinamo para recargarla de forma manual. La luz solo dura unos minutos antes de tener que recargarla de nuevo, pero nos permitirá volver al coche. Ya mañana, cuando amanezca, iremos a la gasolinera a comprar combustible. Y volveremos a casa, sanos y salvos. —Aferró mi mano con más fuerza, mientras comenzamos a desandar el camino.

A duras penas, a trancas y barrancas, recargando la linterna cada pocos minutos, logramos regresar a la relativa seguridad del vehículo. Jamás en la vida me había alegrado tanto de subir al coche.

Armando sacó la manta de viaje que teníamos en el maletero y reclinó los asientos hasta convertirlos en una amplia cama, donde nos acomodamos los dos, cubiertos a medias. Nos abrazamos para darnos calor, porque por la ventanilla que no habíamos conseguido cerrar se colaba el relente de la noche. También necesitaba que me reconfortase, el alivio de sus brazos en aquel día tan nefasto y que aún no había terminado. Que no terminaría hasta que estuviéramos en casa cómodamente instalados, duchados y disfrutando de una comida decente. Mi estómago seguía rugiendo, pero me encontraba incapaz de comer las dos o tres manzanas que no le había dado al elefante.

Me apretéjé contra el cuerpo de Armando y enterré la cara en su hombro. Él me besó el pelo y me susurró al oído una disculpa.

—Lo siento mucho, Sonia. Lamento de verdad que te veas en esta situación por mi culpa.

—Nos veamos, Armando. Estamos los dos metidos en ella.

—A mí no me asusta dormir en el coche, pero sé que a ti, sí. Es culpa mía haber dado este rodeo hasta casa. Si hubiéramos seguido por la autovía llevaríamos horas en nuestro hogar, tranquilos y cómodos. Pero estaba nervioso y sabes cuánto me relaja conducir por carreteras secundarias.

—Esta es algo más que secundaria, pero no tienes que sentirte culpable. Esto no es más que la consecuencia de un cúmulo de circunstancias adversas. El destino se ha ensañado hoy con nosotros.

—No me guardes rencor por ello, por favor.

—No lo haré si tú no me lo guardas a mí por haberle dado de comer al dichoso elefante.

—¿Qué elefante?

Reí contra su hombro. Él me abrazó más fuerte. Pude sentir su erección contra mi cadera y se

me aceleró el pulso. Alcé la cara y lo miré a los ojos. Él buscó mi boca, que respondió al instante.

La parte racional de mi mente me susurró con incredulidad:

«¿Aquí? ¿Vais a hacerlo aquí?».

Las manos de Armando ya buscaban bajo mi ropa y yo decidí ignorar al sentido común. Me moví un poco para facilitarle la tarea y acallé el pensamiento con otro más positivo. Se trataba de nuestro tercer aniversario, qué demonios, y según el reloj del salpicadero todavía no eran las doce de la noche. No podíamos limitarnos a dormir, aunque estuviéramos perdidos en el monte. Había que celebrarlo como la ocasión merecía, a pesar de elefantes, vacas, y todas las adversidades que el destino pusiera en nuestra ruta.

Fue una noche movidita, también en el terreno sexual. Porque había una cosa que a Armando lo relajaba aún más que conducir por carreteras secundarias, y era el sexo. Y estábamos allí en medio de la nada, sin otra cosa que hacer más que esperar a la luz del día. Dormir se nos antojaba una tarea imposible en medio de aquella oscuridad. Éramos jóvenes y estábamos enamorados, así que nos aplicamos a la tarea de relajarnos con entusiasmo. Toda la noche.

Capítulo 7

Un nuevo día

El amanecer nos pilló agotados, pero laxos y sin asomo de tensión. Mientras veíamos el sol alzarse por encima de los árboles, disfrutamos de un paisaje de ensueño.

Armando me acarició la cara con las palmas de las manos y me besó en la nariz.

—No te imaginas cuánto me alegro de haber pedido el coche con los asientos totalmente abatibles.

—Yo también me alegro.

—¿Queda algo de comer?

—Nueve manzanas y media.

—No es mucho, pero nos aportará el azúcar que necesitamos para llegar hasta la gasolinera. No sabemos lo lejos que puede estar.

Miré al frente. Ya no me parecía tan terrible la caminata. Los terrores nocturnos habían desaparecido. Ni siquiera la idea de poner en funcionamiento las piernas, que debido a la noche de sexo sentía más flojas que unas cortinas, me preocupaba.

Nos vestimos en silencio antes de comer, por si al vaquero se le ocurría llevar de nuevo su rebaño por allí. Después saqué las manzanas, fuertes y ácidas, y le ofrecí una a Armando. Me sentí como Eva tratando de seducir a Adán, aunque si lo seducía una vez más acabaríamos muertos por puro agotamiento y no regresaríamos jamás a nuestra casa ni a nuestra vida.

Nos comimos nuestro frugal desayuno a grandes bocados, parejos con el hambre que sentíamos, y nos dispusimos a emprender la última etapa de nuestra odisea del tercer aniversario de boda. Las manzanas no calmaron nuestro apetito, pero el azúcar nos dio algo de energía, de modo que emprendimos el largo periplo hasta la ansiada carretera general.

Mientras caminábamos de la mano como dos adolescentes enamorados o como dos adultos que se habían pasado la noche haciendo el amor —las dos opciones eran válidas—, me pregunté cómo no nos habíamos roto un tobillo recorriendo aquella carretera en la oscuridad.

Nos llevó más de dos horas alcanzar la meta, pero al fin vislumbramos el cruce que ponía fin a

la comarcal o camino de vacas donde nos quedamos varados. Nos abrazamos como dos náufragos que han sido rescatados antes de exhalar el último hálito de vida. Desde allí se veía la maravillosa silueta de la gasolinera, de esas que tienen tiendas con comida, bebida y servicios. Ya había tenido bastante de hacer mis necesidades más íntimas detrás de un árbol y con el temor de que algún insecto me subiera por las piernas o me saltase encima.

—¡Estamos salvados, Sonia!

Recorrimos con rapidez los metros que nos separaban del edificio y al llegar Armando preguntó al empleado si tenía algún recipiente donde pudiéramos transportar la gasolina que nuestro coche necesitaba para arrancar y llevarnos de nuevo hasta allí y repostar en condiciones. Llenar el depósito hasta el mismo borde, para asegurarnos la vuelta a casa.

Mientras el empleado le confirmaba que estaban preparados para ese tipo de eventualidad, que no era tan infrecuente como podíamos pensar, yo miraba las estanterías llenas de comida y bebida: agua, zumos, dulces, aperitivos y todo tipo de alimentos se extendían ante nosotros en una colorida y variada muestra.

Armando se dedicó a recabar el combustible que necesitábamos y yo llené hasta los topes una bolsa de plástico con un variado e insano surtido alimenticio.

Cuando estábamos pagando el empleado nos preguntó:

—¿Dónde se han quedado sin gasolina? ¿Muy lejos?

—A unas dos horas andado por la carretera comarcal —explicamos.

—Si quieren nuestro empleado puede acercarse en moto a uno de ustedes. El otro puede esperarle en el restaurante, tomando algo.

—¿Hay un restaurante? —pregunté sintiendo que mi organismo entero vibraba feliz ante la posibilidad de un café caliente y bien cargado.

—Aquí a la vuelta. Uno de los camareros le llevaría hasta el coche.

—Muchísimas gracias. Mi mujer está agotada y le vendrá bien ahorrarse la caminata.

Quince minutos más tarde, tras un buen desayuno, Armando partió con el camarero que tan gentilmente se ofreció a ahorrarme la caminata, mientras yo permanecía sentada con tranquilidad en una mesa del restaurante, disfrutando de una segunda taza de café, que en esta ocasión degusté despacio y sin el ansia viva de la primera.

Permití que la cafeína circulara por mis venas llenando de vigor cada centímetro de mi cuerpo mientras esperaba el regreso de Armando.

No había transcurrido ni una hora cuando este entró de nuevo en el restaurante, sonriendo.

—Ya tenemos el depósito lleno, cariño. Y una cántara adicional por si acaso...Volvemos a casa.

Dejamos una generosa propina al amable empleado que nos libró de una segunda caminata y enfilamos la carretera general. El largo día anterior se me antojaba, ahora que todo estaba controlado, una siniestra pesadilla que se diluiría con el tiempo y se iría borrando poco a poco de nuestra memoria.

Llegamos a casa a mediodía. Agotados y dispuestos a dormir a pierna suelta todo el tiempo que nuestros organismos necesitaran.

Ver nuestro hogar me hizo tener la sensación de que nuestra vida retomaba su rutina, de que todo volvería a sus cauces; de que todos los imprevistos que se nos podían dar en un viaje los habíamos vivido el día anterior. Que ya no habría más sorpresas. ¡Qué equivocada estaba!

Epílogo

Cuarto aniversario

Era nuestro cuarto aniversario de boda y en esta ocasión la forma de celebrarlo sería muy diferente a las anteriores, y no solo porque la del tercero fuera irrepetible, surrealista y plagada de imprevistos. Sino porque el mayor imprevisto de todos dormía en una cuna al lado de nuestra cama.

Eros fue concebido la noche que pasamos en la carretera, en el coche, y sin pretenderlo. Por supuesto él nunca sabría que fue el último imprevisto de aquel aniversario loco y plagado de incidentes. Y sin duda, el más maravilloso, el que hizo que todo lo demás valiera la pena.

Le pusimos ese nombre, que significa deseo y amor, porque hubo mucho de ambas cosas aquella noche. Colgando de la cuna había un juguete musical que giraba y que le encantaba mirar hasta quedarse dormido. Se lo habíamos encargado a una juguetería artesana, con elefantes, vaquitas, coches... y manzanas. Y él se extasiaba contemplándolo sin ser consciente de cuánto esos elementos habían contribuido a su presencia en el mundo.

Nuestro tercer aniversario sería inolvidable, para siempre, debido a su presencia. Al final el seguro del parque natural cubrió los gastos de reparación del coche, lo que fue estupendo porque necesitábamos el dinero para montar una habitación infantil.

Armando llegó del trabajo con una tarta de manzana, no podía ser de otra cosa, con cuatro velas y una botella de cava sin alcohol, que estaba asqueroso. Pero yo le daba el pecho a Eros y el alcohol estaba prohibido. También con una pulsera con un pequeño elefante como cierre y nueve manzanas y media colgando de ella, como recuerdo de nuestro tercer aniversario. El que nunca olvidaríamos, y cuyo recuerdo permanente aferraba mi dedo cuando se lo acercaba y gorjeaba feliz.

Eros me robaba el corazón aún más que Armando y bendecía aquel cúmulo de incidentes que lo trajo a nuestra vida. Tardaríamos en volver a celebrar algo con un viaje o una aventura, pero no importaba. Aquella noche, si su llanto pertinaz nos lo permitía, haríamos el amor en nuestra cama porque, después de todo, no hay mejor forma de celebrar un aniversario, ¿verdad?

Nota de autora

Después del éxito de *Un violinista en el balcón* he pensado en hacer otros relatos para sacar a la luz esas anécdotas o vivencias que por sus características no tienen la extensión suficiente para una novela, pero también merecen ser contados. De esta en concreto, solo una parte es una vivencia personal, el resto se debe a mi imaginación y cualquier parecido con la realidad es pura casualidad. Espero que disfrutéis de esta serie que he decidido llamar «Historias de cine».

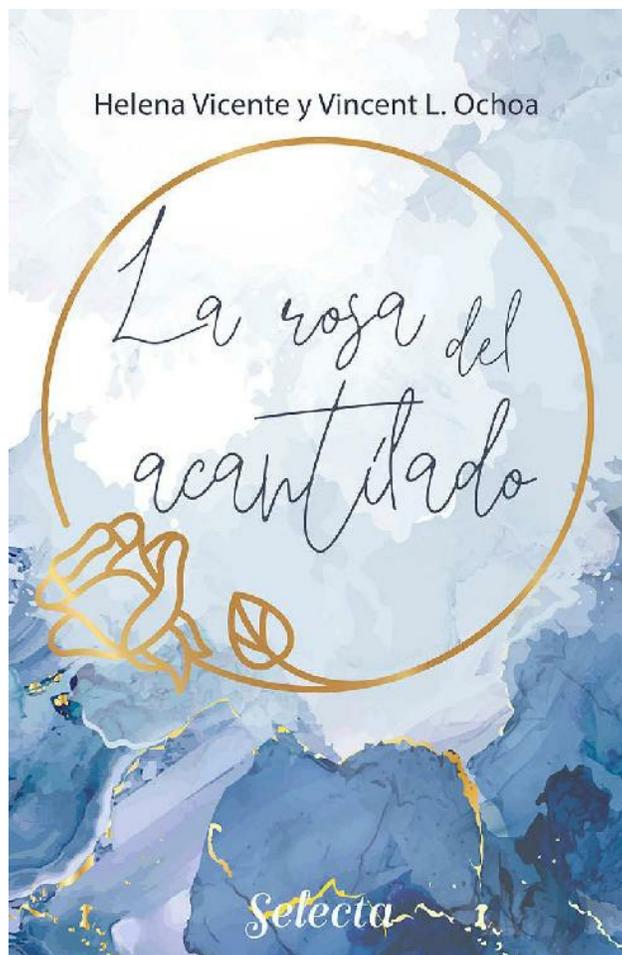
Si te ha gustado

Nueve manzanas y media

te recomendamos comenzar a leer

La rosa del acantilado

de *Helena Vicente y Vincent L. Ochoa*



Capítulo 1

Erin despertó esa mañana con la certeza de que iba a morir. Al igual que muchas doncellas de la aldea antes que ella, había soñado con la Bestia y el rumor del oleaje en los acantilados que llamaba su nombre.

Era temprano. El segundo día de festividades que pondrían fin a la temporada de cosechas y darían la bienvenida al año nuevo; el segundo día que el risco sería visible desde la costa. Lo que también traería la elección de una nueva joven.

La maldición del mar condenaba desde hacía siglos a la aldea pesquera de Carraig. Ni los más ancianos habían conocido alternativa a los sacrificios que, cada año, entregaban al monstruo con la llegada de la última luna llena del otoño. Una ofrenda a la Bestia era lo único que mantenía a raya a la plaga del mar; lo único que permitía a Carraig disfrutar de unas aguas tranquilas y de la pesca que constituía el sustento principal del pueblo. Una sola muerte a cambio de muchas vidas.

El murmullo de los vecinos reunidos bajo su ventana aceleró el pulso de Erin y reavivó el temor de la reciente pesadilla que todavía la envolvía como la bruma permanente que acompañaba al risco. Empujada por la fatídica corazonada, abandonó la cama de inmediato y caminó apresurada en dirección a la calle. Sus pies descalzos se enfriaron al contacto de la piedra helada y pronto su cuerpo entero se estremeció.

Se detuvo a pocos pasos de la entrada. Su madre, que ya aguardaba junto a la puerta abierta, había adoptado una postura de solemne resignación. La miró sin verla y asintió en silencio.

Los ojos claros de la muchacha se fijaron entonces en la gastada madera de la entrada sin poder disimular el terror que comenzaba a devorarla por dentro. Tal y como temía, alguien había pintado la superficie de un color azul tan vivo como la sangre fresca. Un color tan imposible que no cabía duda de cuál era su significado. La maldición del mar la había elegido a ella como sacrificio.

Erin no lloró. Tampoco gritó, como había supuesto. Simplemente permaneció de pie, inmóvil; enterrando su alma en el color azul pintado en la puerta mientras asimilaba su destino.

Sabía que tarde o temprano ese momento llegaría, que se convertiría en ofrenda y moriría a manos de la Bestia. Había vivido con esa convicción toda su vida. Al menos, desde que comprendió que su belleza destacaba entre las demás niñas de la aldea; que las miradas compasivas que recibía por parte de los vecinos, disfrazadas de elogios, no eran sino una sentencia ineludible. Solo las jóvenes más hermosas, gráciles y correctas eran entregadas en sacrificio.

Erin poseía todas las virtudes de una hija modélica y un encanto natural que embelesaba a todos los muchachos de Carraig. Una mirada alegre y sonrisa fácil acompañaban siempre a su esbelta figura; de piel de nata, ondas de oro y ojos del color del mar en un soleado día de primavera. Erin era pétalos de flores y brisa marina, una canción antigua entonada junto al fuego. A menudo, era comparada con una princesa de cuento, inteligente, delicada, difícil de olvidar.

Durante muchos años, Erin deseó haber nacido fea o con alguna horrible deformidad que la salvara de la Bestia. Incluso pensó en sacarse un ojo, o tal vez los dos. Pero, conforme crecía y se

educaba como doncella de Carraig, comprendió que, si no era ella, otra ocuparía su lugar. Su muerte podría salvar la vida de una hija, una amiga o una hermana.

Tan pronto como este último pensamiento cruzó por su mente, distinguió un rostro familiar asomándose entre la muchedumbre. Nadaba contra la marea, ahogándose entre los aldeanos que se apelotonaban en la entrada de la humilde vivienda mientras intentaba darle alcance.

Su mellizo Erwin y ella eran físicamente como dos gotas de agua. Lo más cerca que estaría nunca de contemplarse en un espejo. Por eso mismo, en cuanto vio reflejado en su rostro contraído la misma angustia y desesperación que ella sentía, el miedo ganó la batalla y Erin se vino abajo sin poder evitarlo.

—¿Por qué tiene que ser ella?

Erwin no se había alejado de su hermana desde ese instante. Había abandonado todas las tareas que debía cumplir ese día y se había instalado de nuevo en el humilde hogar familiar para permanecer con ella todo el tiempo posible. El poco que les quedaba.

Se encontraba en la diminuta cocina junto a su madre. Ayudaba a preparar la cena, cuchillo en mano. Troceaba el pescado que después asarían en las brasas del hogar, donde ya hervía un sencillo puré de guisantes. Erin, algo más alejada, permanecía ausente, perdida en sus pensamientos y en el risco al que partiría a la mañana siguiente.

Ninguna de las dos mujeres contestó a su pregunta.

Erwin resopló, incapaz de contener el tumulto de sentimientos que lo asaltaban. Se sentía enfermo, al borde de un ataque. Observó su reflejo distorsionado en el filo del cuchillo.

El joven trabajaba en el mercado preparando pedidos y limpiando tripas de pez. Un empleo que le había sido asignado casi por compasión gracias a un conocido de la familia. Aunque eran mellizos, Erin y él no podían ser más diferentes. Físicamente el parecido era extraordinario, sí, pero en cuanto a virtudes, Erin se había quedado con ellas dejando al muchacho huérfano.

A pesar de ser hijo de un honrado pesador, a sus dieciséis años, Erwin parecía ser bueno en nada y un hazmerreír en todo. Le resultaba imposible subirse a una barca y no marearse, no era bueno con los números para poder vender mercancía; dado a su aspecto frágil, poco varonil, tampoco era capaz de transportar cargas demasiado pesadas. Soñaba con alejarse de Carraig y dedicar su vida a algún oficio artesano en la ciudad. Aunque era muy consciente de que ya era demasiado mayor para iniciar una formación como aprendiz, y que tampoco tenía suficiente dinero para emprender un negocio por su cuenta.

Su padre lo consideraba un inútil al que prefería no ver; su madre hacía tiempo que había perdido la esperanza de encontrarle una buena esposa; su hermana, sin embargo, apreciaba su tenacidad y buen corazón. Erwin la quería con locura. Era todo cuanto tenía en el mundo, lo único que de verdad merecía la pena en su vida, e iba a perderla para siempre.

Sintiéndose impotente y frustrado por la situación, dio un golpe enérgico con el cuchillo, que quedó clavado en la madera de la mesa. Su madre se sobresaltó ante el sonido brusco antes de continuar con los quehaceres.

—¡Hay doncellas mucho más guapas en Carraig que Erin! —protestó él, una vez más—. Está... está esa chica morena de ojos verdes que baila en la plaza, por ejemplo. ¿Qué me dices de ella? ¿Por qué han pintado nuestra puerta en lugar de la suya?

—No serviría. La ofrenda debe ser de una doncella virgen... —musitó su hermana por lo bajo.

—¡Oh, vamos! ¡Qué más da! —Dio otro golpe sobre la mesa, esta vez a puño cerrado—. ¿Se va a enterar la Bestia de eso cuando la mate? Y si de verdad es tan importante, nos vamos tú y yo ahora mismo a la taberna a ponerle remedio.

—¡Erwin!

—Esperabas una declaración de Tadhg, ¿no es cierto? Si no lo encontramos ahí, vamos a su casa. Estoy seguro de que en una situación como esta...

—¡No! —se horrorizó—. ¿Cómo puedes proponer algo así?

Erwin se llevó las manos a la cabeza, desesperado.

—¡La Bestia te matará! ¿Es que no lo entiendes? ¡Estás muerta, Erin! ¿Te parece eso mejor opción? Mañana vendrán a buscarte, te vestirán como a una princesa y te arrojarán al mar como carnaza. ¿Es que no hay nadie más que quiera ponerle remedio a esta injusticia?

—¡Ya basta! ¡Los dos! —interrumpió su madre—. Nos guste o no, es nuestro deber cumplir. La ofrenda a la Bestia es una honorable tradición de nuestro pueblo. —Le brillaban los ojos, a punto de desbordarse en lágrimas.

—Los festejos que ponen fin a la temporada de cosechas son una tradición, eso lo puedo tolerar. ¡Pero enviar a una joven a la muerte cada año es una barbarie!

—También los guerreros van a la batalla y mueren defendiendo a su pueblo y su tierra. Esto es prácticamente lo mismo —cortó la muchacha.

—No, no lo es. Si así fuera, ese monstruo daría la cara; se arrastraría hasta aquí y seríamos nosotros quienes le daríamos muerte. Deberíamos enviar un ejército entero en lugar de una doncella. Aprovechar el momento en que el risco aparece en el horizonte para que los mejores hombres vayan a cazarlo. ¡Dejemos de contentarle poniendo como excusa una absurda maldición que ni siquiera...!

Erwin no pudo terminar la frase. Las últimas palabras salieron despedidas cuando la palma de su madre se estrelló contra su mejilla en una sonora bofetada.

—No te atrevas a hablar así. No eres tú quien va a perder una hija.

El muchacho se frotó la mejilla que enrojecía por momentos. No iba a perder a una hija, pero sí a una hermana. Nadie en el mundo merecía menos ese cruel destino que ella. Cuando consiguió reponerse a la sorpresa del impacto, la rabia acumulada tomó la palabra en su lugar.

—Sin embargo, te comportas como si no te importara. Igual que nuestro padre, ¿dónde se encuentra esta vez? —Le tembló la voz—. Es la última noche que podríamos disfrutar juntos y ha

vuelto a desaparecer. Le preocupa más el barco que Erin. ¡No volverá a verla!

—Tu padre está sufriendo, al igual que yo. Sabes bien que casar a Erin era la única esperanza de esta familia. —La mujer se dejó caer en una silla, derrotada y al borde del llanto. Erin había roto en un sollozo incontrolable—. Dime qué vamos a comer cuando tu padre no pueda navegar hacia aguas profundas. ¡Que los dioses nos asistan! ¡Moriremos de hambre!

—Aunque yo no salga a pescar, también trabajo duro, madre. Y algún día...

Ella le giró el rostro, aunque no intentó ocultar la vergüenza que sentía por él.

Erwin estaba acostumbrado a que su familia demostrara abiertamente la humillación que suponía tenerlo como hijo. Inepto para las labores en el mar, enclenque para las tareas en tierra; de facciones suaves y piel delicada; diferente a los demás jóvenes de su edad en todos los sentidos. Pero en aquella ocasión no pudo soportar esa mirada de reproche. Una que parecía culparlo a él de la suerte que Erin sufriría, de la maldición del mar y la situación en la que se habían visto envueltos.

Quería ponerle remedio, demostrarles a todos que se equivocaban, que no era tarde para actuar si se revelaban contra la Bestia. Aunque, en el fondo, era muy consciente de que, sin ayuda de otros, él mismo era tan inútil como señalaban. No era un guerrero ni un héroe, tan solo un limpiador de pescado.

Apretó la mandíbula, encolerizado. Era incapaz de permanecer ahí por más tiempo.

—Muy bien. Si nadie en esta familia va a apoyarme, encontraré a alguien que sí lo haga —sentenció con la barbilla alzada. Recogió su cuchillo y, abandonando a las dos mujeres, se dirigió hacia la puerta—. Cuando mañana amanezca, no será Erin quien suba a esa barca. Si es necesario, yo mismo navegaré hasta ese maldito risco y mataré a la Bestia.

¿Qué pasa cuando se alinean los planetas para que tu aniversario sea un desastre?



Armando y Sonia deciden celebrar su tercer aniversario de boda con un fin de semana especial, que incluye, entre otras actividades, la visita a un parque natural con animales en semilibertad.

A partir de un primer incidente en el mismo, se desencadenarán una sucesión de situaciones rocambolescas y divertidas, que pondrán a prueba sus nervios y también su amor.

Si sobreviven a su tercer aniversario, su amor es a prueba de bombas... y de animales.

Ana Álvarez nació en Sevilla, el 2 de abril de 1959. Cursó estudios de bachillerato y auxiliar administrativo, tarea que realizó un tiempo. Durante muchos años ejerció de ama de casa y ha escrito durante toda su vida, desde los veinte años, siempre novelas románticas contemporáneas, que solo leía su hija por timidez.

Después de un divorcio difícil, su hija la animó a publicar en Internet y las muchas lecturas y comentarios le decidieron lanzarse a la autopublicación y a enviar los primeros capítulos de dos de ellas a la Selección RNR, donde se publicaron convirtiéndose en un gran éxito.



Penguin
Random House
Grupo Editorial

Edición en formato digital: enero de 2021

© 2021, Ana Álvarez

© 2021, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-18497-48-3

Composición digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks

Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros

Instagram: somosselecta

Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



Penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial

   Penguinlibros

Índice

Nueve manzanas y media

Capítulo 1. El aniversario

Capítulo 2. El elefante

Capítulo 3. El regreso

Capítulo 4. Más leña al fuego

Capítulo 5. La senda es larga

Capítulo 6. La noche es mágica... no importa dónde

Capítulo 7. Un nuevo día

Epílogo. Cuarto aniversario

Nota de autora

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Ana Álvarez

Créditos